

**ANDRÉS LÓPEZ LÓPEZ**

AUTOR DE "EL CÁRTEL DE LOS SAPOS"



# el SEÑOR de los CIELOS



**AMADO CARRILLO:  
LA VERDADERA  
HISTORIA DEL MITO**

**AGUILAR**

# Índice

1.	El espejo	11
2.	El chivatazo	13
3.	Un domingo agitado	17
4.	Badiraguato, Sinaloa, 30 años antes	21
5.	El Señor de los Cielos	27
6.	Ángel o demonio	33
7.	El Distrito Federal	39
8.	Reforma, esquina con Insurgentes	41
9.	Damián Torres	47
10.	Trampa “hospitalaria”	51
11.	El Colorado	59
12.	En la boca del lobo	63
13.	Del <i>Table Dance</i> a la guardería	69
14.	Una sorpresita más	73
15.	Un preso muy peligroso	79
16.	La Generala, la Coronela y la Sargento	85
17.	Todo queda en familia	93
18.	El paciente asesino	95
19.	Badiraguato, Sinaloa	99
20.	El comienzo	103
21.	Los planes	107

<b>22.</b>	Negocios son negocios	111
<b>23.</b>	Otro camino	113
<b>24.</b>	Los socios	117
<b>25.</b>	El negocio del siglo	121
<b>26.</b>	Años después...	123
<b>27.</b>	“Zeñores de la DEA”	127
<b>28.</b>	La reunión	133
<b>29.</b>	Cien kilos	139
<b>30.</b>	Oficina Central de la DEA	149
<b>31.</b>	La Virgen de Guadalupe	153
<b>32.</b>	Allá en el Rancho Grande	161
<b>33.</b>	En la boca del lobo	165
<b>34.</b>	El polvo de oro	167
<b>35.</b>	La delación	169
<b>36.</b>	El Dios de la región	173
<b>37.</b>	Nada las tiene contentas	179
<b>38.</b>	Los chuecos	183
<b>39.</b>	El nuevo reino de la coca	187
<b>40.</b>	El rancho ardiendo	189
<b>41.</b>	Y todo se vino abajo	193
<b>42.</b>	Entre más buenas, más cabronas	197
<b>43.</b>	Graves problemas	201
<b>44.</b>	Así es como me gustan los negocios	203

<b>45.</b>	El que la hace la paga	209
<b>46.</b>	Un agente de la DEA	215
<b>47.</b>	Una cuenta pendiente	219
<b>48.</b>	O todo o nada	223
<b>49.</b>	La banda del carro rojo	225
<b>50.</b>	Las tácticas	231
<b>51.</b>	El gran golpe	235
<b>52.</b>	Nada, o muy poco por hacer	239
<b>53.</b>	Ensalada de narcos	241
<b>54.</b>	Promesas son promesas	245
<b>55.</b>	Amigos de la infancia	251
<b>56.</b>	“El rock de la cárcel”	253
<b>57.</b>	Cilantro y perejil	261
<b>58.</b>	La guerra blanca	263
<b>59.</b>	Vacas flacas, vacas gordas	267
<b>60.</b>	A los madrazos	275
<b>61.</b>	Cae la primera águila real	279
<b>62.</b>	Si muero lejos de ti	285
<b>63.</b>	Cae la segunda águila real	289

Epílogo 291

Agradecimientos 299

# 1 El espejo

La mañana era gris en Santiago de Chile. Damián se asomó al espejo y miró de frente a su nuevo enemigo: su propio rostro. Si alguien sabía qué hacer con los enemigos, ése era él, pero eliminarse a sí mismo no era una decisión fácil, aunque ganas no le faltaban. “Para suicidarse hay que tener huevos”, pensó. Además, después de tantos atentados fallidos, quitarse la vida para proteger a los suyos hubiera sido una estupidez. ¿Y si “desapareciera” por medio de otros métodos? Era una posibilidad que venía cavilando desde hacía tres meses y que lo colocaba en una encrucijada. Un paso desesperado, pensaba en la noche, atormentado en ese limbo entre la conciencia y la subconsciencia de la duermevela. Un paso perfecto, pensaba al despertar, cuando las ideas siempre son más claras y se desvanecen los fantasmas nocturnos. Lo cierto es que, después de tantas traiciones, pensó que debía dar ese paso o si no terminaría muerto o en la cárcel. Por eso estaba haciendo negocios en Buenos Aires y en Santiago de Chile, invirtiendo en propiedades y estudiando aquellos terrenos tan lejanos de su México lindo y querido.

Horas antes había intentado comprar la flota mercante de Valparaíso de Navegación, la más grande de Chile. Don José Ignacio Viel, su propietario, jamás olvidaría aquella mañana cuando tuvo frente a él, sin saberlo, al hombre más buscado por el Departamento Antidrogas de Estados Unidos (DEA, por sus siglas en inglés).

—¿Cuánto quiere por su flota de barcos, don José? —preguntó Damián. El tic que padecía en uno de sus ojos se intensificó, como siempre que le subía el nivel de adrenalina.

—Lo siento, amigo, no sé quién pudo haberle dicho que mi empresa está a la venta —dijo don José Ignacio Viel con una dignidad que le duraría un suspiro—. Valparaíso de Navegación —prosiguió, encendiendo un costoso Cohiba— es una empresa familiar que forma parte de la historia de la navegación chilena desde 1912. Ni mi familia ni yo, bajo ningún concepto, la vendemos.

Damián apenas dejó que terminara de hablar y, como acostumbra en estos casos, le hizo un disparo certero a la razón.

—Dígame cuánto cuesta su empresa y le pago exactamente el doble.

Se hizo un silencio premonitorio. Don José Viel quedó estupefacto, mudo por la impresión, mientras una cifra enorme giraba en su mente. Ésta era tan obvia, que Damián estuvo a punto de decirla en voz alta, y supo en ese momento que se acababa de convertir en el propietario de la empresa de navegación más grande de Sudamérica. No sólo disponía de la flotilla de aviones más completa del continente, sino que a partir de ese momento podría transportar cocaína en grandes embarcaciones mercantes sin darle tiempo a las autoridades a descubrir su cambio de estrategia.

El paso perfecto, o desesperado, para llevar a cabo sus planes era cambiar de rostro: Damián había decidido someterse a una cirugía para “desaparecer”, mientras sus ganancias se multiplicarían eternamente. Lo que jamás imaginó es que Valparaíso de Navegación iba a ser la última compra que haría en su vida.

## 2 El chivatazo

El avance noticioso que zumbaba en el enorme televisor del apartamento sacó a Damián de su letargo. La hermosa presentadora informaba de la recompensa de cinco millones de dólares que ofrecían los gobiernos mexicano y estadounidense a quien diera razón del narcotraficante Damián Torres, el Señor de los Cielos.

Las autoridades inglesas, mexicanas y estadounidenses suponían que el peligroso criminal había trasladado su centro de operaciones a algún país del sur del continente, en donde podría estar oculto. Caviló por un momento; el tic de su ojo derecho se hacía más evidente: “A estos pinches putos alguien les dio un pitazo, pero para ese alguien será el último chivatazo de su vida.” A continuación tomó el control remoto y, mirando fijamente a la presentadora, dijo en voz alta: “Y usted, pinche vieja pendeja, lástima que siendo tan linda desperdicie su vida repitiendo lo que han dicho las autoridades y los periodistas durante los últimos veinte años de mi vida. Busque trabajo en un sitio que se acomode a su inocencia.”

Apagó el televisor y soltó una carcajada que sólo él entendía. Caminó hacia la pizarra de la pared que mostraba recortes de los más importantes diarios del mundo. Los miró por unos segundos. “El hombre más buscado del mundo”, proclamaban algunos titulares de primera plana; su rostro aparecía congelado junto a ellos. “Hasta para

ser mafioso hay que tener clase. No se trata de cualquier narquillo de quinta. Se trata del mejor. Y como tal tiene que ser tratado”, pensó Damián. Ahora no le quedaba duda alguna: iba a recurrir a la cirugía para hacerse cambiar el rostro.

A continuación Damián se sentó frente a la computadora. En la pantalla apareció su fotografía, que a golpe de ratón adoptó diversas formas: con barba, sin ella, con más o menos mentón, con pelo, calvo, y así hasta lograr una imagen muy diferente a la que el mundo conocía. “Con ésta, que tiene carácter, me veo chingón”, dijo en tono de burla. Luego sonrió y se preguntó: “¿A poco no?” Estaba convencido de que con ese cambio nadie lo iba a reconocer.

En ese momento entró el Tuercas, que vestía de saco y botas con punta dorada. Este corpulento indígena daría la vida por él y Damián lo sabía.

—¿Cuál te gusta más, Tuercas? —dijo, mostrándole las fotos de la computadora.

—Pos, patrón, la verdad me gusta como lo conocí.

Damián, irritado por sus palabras, lo agarró por la solapa y le dijo, acercando su rostro al del Tuercas: —Olvídate de este rostro, carnalito, porque nunca lo vas a volver a ver —hizo su pausa acostumbrada y remató con desprecio—: ¿Y a ti, pinche pendejo, quién te dijo que las botas se usan con saco?

—Pos, es que es la moda en México, patrón, y primero me olvido de mi nombre antes que olvidarme de que soy mexicano de hueso colorado.

Damián sonrió y dijo: —Pobre títere el que impuso esa dizque moda.

El Tuercas abrió los ojos por la sorpresa y preguntó: —¿Usted lo conoce, patrón?

—Nomás faltaba. Ya pareces reflejo del pendejo ese que nos gobierna desde el norte. ¿Qué te traes?

—Pos, patrón, que si se queda aquí parado como tarugo, la próxima vez que la gente lo vea va a tener que ser en un ataúd. Los Alarcón, esos que le quieren dar cuello están en Chile y vienen en camino.

Damián comprendió inmediatamente la amenaza. Sus enemigos lo acechaban y estaban a punto de encontrarlo, antes de que lo hicieran las autoridades. Tomó la cartuchera que acostumbraba cruzarse en el pecho con las balas y dos pistolas doradas y caminó hasta la ventana, desde donde advirtió un extraño movimiento de motos y camionetas.

—Tuercas, ¡aguas! Si nos apendejamos, se va a poner de a peso el kilo de masa.

A continuación destruyó rápidamente algunos papeles del escritorio y, seguido por el Tuercas, se dirigió a toda prisa hacia las escaleras de emergencia. En ese momento no hubiera dudado en clavarle tres balazos al primero que asomara las narices.

Las puertas de la camioneta de vidrios polarizados —blindaje nivel 5 y una barrera física de protección— se abrieron de volada. El Tuercas puso en marcha el motor y arrancó en reversa. Damián lo detuvo abruptamente.

—Espera, pinche puto, los regalos de mi familia.

—Pero, patrón...

—La familia es lo primero. ¿Qué no?

—Me va a perdonar, patrón, pero primero es la vida.

—Precisamente: mi vida es mi familia, Tuercas —respondió y abrió la puerta—. No voy a llegar a la casa sin nada. Si esos putos Alarcón llegan y quieren bala, pues les cocemos el hocico a balas.

Damián se internó nuevamente en el edificio por el mismo lugar por donde había salido.

### 3 Un domingo agitado

Santiago de Chile vivía un día tranquilo. Era domingo y la mayoría de sus habitantes practicaban deportes. En los parques los niños jugaban inocentemente mientras los restaurantes al aire libre recibían a sus clientes habituales.

Una camioneta gris que se desplazaba a toda velocidad interrumpió la rutina armoniosa del domingo; la seguían de cerca varios coches desde los cuales le disparaban. La camioneta pasó en medio de los restaurantes, generando gritos de terror a su paso.

Damián Torres, desesperado, vigilaba desde el asiento trasero de la camioneta tratando de ubicar una salida. Incluso para alguien como él, acostumbrado a la impunidad y a salirse con la suya, los segundos eran eternos. Daba órdenes a gritos al Tuercas. Jadeaba ostensiblemente. No atinaba a descifrar quiénes estaban al volante de los coches que lo perseguían. Enemigos no le faltaban.

—Por la Virgencita de Guadalupe, Tuercas, y por mi patrón Malverde, que si salgo de ésta, no voy a dejar vivo a ninguno de estos cabrones.

A pesar de haber salido airoso de situaciones como esa muchas veces, por primera vez se sentía atrapado. El Tuercas, hipnotizado por el peligro, no se detenía ante obstáculo alguno. Se guiaba por su instinto de conservación y quería proteger con su vida la de su jefe, que desde

el asiento trasero accionaba y hablaba atropelladamente. La primera explosión alcanzó el poste del alumbrado y le abrió un boquete. El segundo coche maniobró con un rechinar de frenos para retomar el rumbo de la camioneta que había dado la vuelta en la glorieta, tratando de buscar escapatoria por una calle aleadaña. Los disparos destruían ventanas en una sinfonía de horror. Son instantes de tensión y a cada disparo hombres y mujeres se estremecen. Unos gritan, otros sollozan sin saber hacia dónde correr. El Tuercas, siempre dispuesto a jugarse el pellejo por su patrón, conducía desbocadamente entre órdenes y contraórdenes que lo confundían.

—De ésta lo saco, patrón, porque lo saco —dijo. Y aceleró a fondo. Para él, su vida y la de Damián eran lo único que contaba.

Después de salir de las pequeñas calles y atravesar una de las grandes autopistas, la camioneta entró en un terraplén dejando tras de sí una nube de polvo. El Tuercas frenó la camioneta frente a la cerca que los separaba del interior de un aeropuerto privado. Les habían sacado considerable ventaja a sus perseguidores, nada menos que Isidro y Guadalupe Alarcón, sus implacables enemigos. El Tuercas y Damián, quien llevaba un maletín y un osito de peluche, se bajaron de su camioneta. Miraron hacia atrás y divisaron a la distancia los coches de sus perseguidores; corrieron angustiados y como arañas escalaron la malla que los separaba del avión que les salvaría la vida. Corrieron hacia la pista donde el Cessna Citation X los esperaba con los motores en marcha. Los hermanos Alarcón, que continuaban el acoso, atravesaron la cerca con uno de los vehículos. El piloto, al ver lo que sucedía, ayudó a subir al Tuercas y a Damián, e inmediatamente emprendió el vuelo. Damián siguió disparando por la puerta entreabierta contra los que trataban de que el avión no despegara desde la pista.

El avión volaba casi rozando las copas de los árboles al final de la pista. De repente, apareció otra aeronave que se disponía a aterrizar. La colisión parecía inevitable, pero el diestro piloto logró que el aparato diera un giro y se perdiera en las alturas, sin un disparo en su

fuselaje, dando al traste con el intento de los Alarcón de acabar con Damián Torres, el Señor de los Cielos.

Los Alarcón esperaron a que el avión desapareciera en el cielo y regresaron frustrados a sus vehículos.

—De pura chiripa se salvó ese puto cabrón —comentó malhumorado Isidro Alarcón.

—Cuando a uno lo sacan del refugio, *brother*, no le queda de otra más que volver como perro arrepentido a la casa. ¿Cuánto apuestas a que se fue a México, carnal? —respondió Guadalupe.

El pequeño *jet* había ganado altura y se estabilizaba. El Tuercas y Damián se abrazaron satisfechos por la victoria.

—Putos cabrones, ya veremos quién mata a quién —dijo Damián mirando a la pista, desde donde uno de sus enemigos seguía disparando inútilmente, aunque el avión a esas alturas era sólo un punto en el cielo.

—Casi nos agarran a la mala, patrón.

—Alguien nos puso el dedo, Tuercas. Cuando lo agarre lo voy a colgar de las pelotas por hijo de su pinche madre, el muy cabrón.

Mientras el avión sobrevolaba el Océano Pacífico, Damián y el Tuercas juraban que se vengarían.

Los Alarcón, por su parte, regresaron al refugio de Damián que habían localizado gracias al chivatazo de un infiltrado. Tras derribar la puerta del apartamento, por la cama revolcada, las prendas de ropa tiradas por doquier y el montón de papeles rotos, dedujeron que había sido abandonado unos minutos antes. Tratando de encontrar alguna pista que los condujera hasta su presa, revisaron los papeles y lograron armar el rompecabezas: la fotografía del gran capo revelaba un plan hasta ese momento secreto.

—Este puto se va a cirujar. Vamos por él —dijo uno de los Alarcón, tras lo cual cargaron sus armas y salieron, más presurosos aún que la primera vez.

Al hacer cábalas acerca de quién pudo traicionarlos y dar el soplo, Damián llegó a la conclusión de que sus perseguidores eran los Alarcón, la competencia del negocio, aunque el Tuercas también sospechaba de alguien más.

Damián era un hombre joven que no llegaba a los cuarenta años de edad, bien parecido, de pelo negro y tez blanca. Dominaba con su mirada a quienes le servían y manejaba un imperio de dinero y crimen sin precedentes en su país. No necesitaba andar rogando para que le obedecieran. Con su forma de mirar todos sabían lo que debían hacer para no despertar su furia. ¡Ay del puto que lo hiciera enojar!

Con la intención de descansar de la correteada que les habían puesto, Damián se echó hacia atrás en el asiento y cerró los ojos. El Tuercas, como de costumbre, guardaba respetuoso silencio. El letargo producto de la fatiga y el arrullo de la aeronave lo hicieron caer en un sueño profundo, como en un viaje en el tiempo.